

Juan Ramón de la Cruz es un joven periodista, que por su largo período de observación —lleva varios años habitando en Formentera— y su experiencia sobre temas de sociología —escribió profundamente sobre la revolución de César Chávez y el movimiento xicano USA, estando de corresponsal en tal país— es la persona más idónea para analizar el «caso» social de la isla hermana, en donde los fenómenos se presentan más puros y reducidos, lo que contribuye a estereotipar las situaciones y los tipos. Juan Ramón de la Cruz es colaborador asiduo de la agencia Efe y de publicaciones de la categoría de «Triunfo» y varias revistas hispanoamericanas. En este lúcido artículo sobre un fácil esquema estructural nos dibuja perfectamente la problemática de una sociedad en evolución: Ibiza o Formentera, que para el caso es lo mismo.

FORMENTERA: Cinco sociedades en una

Por JUAN R. DE LA CRUZ

La isla de Formentera se ha convertido en la última década en un terreno abonado para un sociólogo interesado en casos extremos, típicos. Sin embargo, resulta curioso que muy pocos sean los profesionales de la sociología que se han molestado en efectuar un estudio profundo de la pequeña y heterogénea sociedad formenterense. Una notable excepción, la única en realidad que nos viene en estos momentos a la memoria, es Carlos Gil Muñoz, que ha dedicado dos volúmenes separados al estudio de dos segmentos de dicha sociedad: los «hippies» y los formenterenses, la población original.

Sin remontarnos a historias añejas, recordemos que la población de Formentera, al comenzar la década de los 50, reunía ya de por sí unas características originales: una población exclusivamente autóctona —descendiente en su mayoría de inmigrantes ibicencos—, cuya precaria economía dependía principalmente de la agricultura, la pesca y la ganadería. Ninguna de estas tres actividades era particularmente remuneradora. La tierra de Formentera es mucho más árida que la de su hermana pitiusa mayor, el ganado vacuno prácticamente ausente, es caso el lanar y caballar, la pesca rudimentaria.

Todas estas circunstancias, unidas al natural aislamiento geográfico, al olvido total de la administración y a otros factores, hacían de Formentera un pequeño núcleo de tiempos remotos, olvidado de los hombres, en donde apenas existía el dinero, donde no había terratenientes ya que no había tierra, donde existía una especie de democracia igualitaria a la base: todo el mundo era pobre.

Así las cosas, en la segunda mitad de la década de los 50, llegaron a Formentera los primeros miembros, las avanzadas, de lo que con los años, constituiría el segundo segmento en importancia de la población local: los marginados. Atraídos por el carácter bucólico, pastoril, genuinamente roussonianos de la pequeña isla mediterránea, pintores franceses, héroes fatigados y seminválidos de la segunda guerra

mundial, refugiados del mcarthysmo norteamericano, lobos solitarios de todo pelaje atraídos por las excelencias del lugar, tan ajeno a los problemas que angustiaban al mundo occidental de los años de la Guerra Fría, empezaron a llegar a Formentera, entonces aún muy mal comunicada con Ibiza. Los pocos dólares, francos suizos o franceses que traían se convirtieron en Formentera en la lámpara de Aladino. Los payeses entraron así en contacto con el mundo exterior, alquilando a sus desheredados, a sus «misfits», las bellas casas familiares, vendiéndoles sus terrenos por un irrisorio puñado de billetes, cediéndoles sus productos por un puñado de monedas. La economía moderna había llegado a Formentera.

Ya entrados los 60, a mitad de la década empezaron a aparecer en Formentera los descendientes sociales de algunos de esos «beatniks» que llegaron a la isla diez años antes: los «hippies». Para muchos es aún un misterio por qué aquellos melencolios californianos o neoyorquinos de la primera hora «hippy» escogieron Formentera como etapa de sus viajes a, o de regreso de, ese lejano Oriente al que tantos fueron a buscar una respuesta que no podían encontrar en los profetas y santones locales. Resulta evidente que Formentera no es una etapa de trayecto alguno. De por sí, Formentera es la última etapa de un viaje determinado. Para salir de Formentera, hay que rehacer lo andado. Y, sin embargo, en pequeños grupitos aislados al principio, en bandas numerosas y continuas después, fueron llegando a Formentera los «misfits» de la Era Espacial. Y con ellos vino una transformación como no había experimentado la isla con los primeros extranjeros que la visitaron, feroces individualistas más dados al aislamiento que a la comunicación social. Sacos de dormir, sitars y flautas, instrumentos de percusión que recorrieron medio mundo antes de llegar a la isla, ropajes indios y árabes, algunos de ellos más transparentes y reveladores de lo que la imaginación local, por no mencionar la moral, hubiera podido suponer. Y con todo

eso, la Droga, el supremo catalizador de nuestra época.

Esta preferencia «hippy» por la minúscula isla mediterránea fue objeto en los últimos 60 de la atención de la prensa internacional. Atraídos por esta propaganda llegaron los primeros turistas, ya entrado el «boom» turístico español y, con ellos, otro cambio fundamental en la primitiva estructura de la isla. Los primeros extranjeros de los años 50, los residentes veteranos, habitan en las casas payésas que han alquilado o comprado. Los «hippies» hacen lo mismo, o desenrollan su saco de dormir bajo una sabina. Todos ellos, en resumen, se confunden con el paisaje, con el medio ambiente tradicional, sin alterarlo. Sus únicas necesidades están cubiertas por los servicios que abastecen al indígena, la tienda, el bar, el comercio de tejidos. Los turistas, en cambio, necesitan de una infraestructura hotelera, inexistente, que hay que improvisar a toda prisa. Surgen las primeras pensiones, monstruos arquitectónicos, primeras profanaciones de un paisaje que había sido respetado en el curso de los siglos, por veinte civilizaciones diferentes. Muchos turistas, atraídos por el clima y la baratura de la vida, deciden vacacionar regularmente en Formentera y contratan la construcción de pequeños chalets, tan ultrajantes para la estética como los edificios hoteleros. Todo este esfuerzo de construcción rebasa las posibilidades numéricas y especializadas de la mano de obra local. Es

necesario, pues, importar albañiles, trabajadores peninsulares. Y ya tenemos el quinto segmento.

Recapitulemos: formenterenses, extranjeros marginados, «hippies», turistas y trabajadores peninsulares. Cinco capas estancas, paralelas, incomunicadas, que llegan a sumar un total de más de diez mil personas en plena temporada, a partir de los 3.000 habitantes aborígenes, en una extensión menor de 100 km². Se puede decir, dejando a un lado las escasas excepciones, que los únicos contactos entre estos cinco grupos son los creados inevitablemente por el sector servicios: yo te compro, tú me vendes; yo te encargo, tú me construyes; yo te pido, tú me das. Punto. El formenterense mantiene algunos ligeros contactos con los residentes extranjeros, los marginados que viven en la isla desde hace años. Pero se cierra como una ostra a todo contacto con el «pelut», no va mucho más allá en lo que se refiere a los turistas, y manifiesta una decidida hostilidad, o al menos una frialdad hermética, vis a vis del peninsular. La barrera idiomática, desde luego, contribuye a esta incomunicación. Para muchos formenterenses resulta más fácil comunicar con un extranjero que con un castellano.

Para desarrollar este tema se necesitaría un libro. Y, naturalmente, alguien que lo escribiera, condiciones ambas que rebasan las capacidades de este espacio y de quien lo firma. Pero el terreno está abierto.

JUAN R. DE LA CRUZ

Carlos Gil Muñoz presenta en este incisivo artículo la problemática económico-social del pueblo formenterense, que muy bien puede hacerse extensiva a la situación ibicenca, dada la similitud de circunstancias y dependencia de crecimiento. Carlos Gil Muñoz está considerado como uno de los mejores sociólogos españoles de la actualidad. Con su libro «Juventud marginada», sobre el movimiento hippy a su paso por Formentera, ganó el premio de ensayo «Mundo» 1969. Dedicado plenamente a las Ciencias Sociales, tiene varios libros editados. Otro tema tratado es «Formentera, una comunidad en evolución», libro que ha constituido un brillante récord de ventas. El bagaje cultural de Gil Muñoz, la rigurosidad de su metodología y el profundo conocimiento de los temas que estudia, son el mejor aval de garantía de este joven autor, que presentamos a nuestros lectores, con afán de estudiar un tema tan importante y bajo la responsabilidad de una no menos importante firma.

Problemática del desarrollo económico de Formentera

POR CARLOS GIL MUÑOZ

Desde hace unos pocos años, ya es posible hablar del desarrollo económico de una isla tradicionalmente abandonada, que, como Formentera, une a su insularidad el hecho geográfico de ser «isla de isla», con pobres recursos y escasa población.

Se dice que todo proceso de desarrollo económico implica profundos cambios estructurales, y la isla, a su medida, no ha sido ajena a este proceso, si

bien al no existir grupos sociales definidos —todos pequeños propietarios— las que pudiéramos llamar estructuras de encuadramiento social, no han variado sensiblemente, pues a todos ha alcanzado el maná turístico aunque en diferente medida.

Hay que considerar, sin embargo, que una estructura económica como la formenterense, que era necesariamente primitiva por sus recursos, ha podido